

Siluetas del volcán. Crónica, literatura viajera y memoria visual en la construcción del paisaje de Parícutin

Juana Martínez Villa (cronopio1977@gmail.com)

Instituto de Investigaciones Históricas, UMSNH

Resumen

El artículo reflexiona, a partir de una reconstrucción histórica de los pueblos de San Juan Parangaricutiro y Parícutin, cuál fue el impacto del nacimiento del volcán Parícutin en las comunidades aledañas al terreno donde se erigió el cono en 1943. De acuerdo a las líneas teóricas de la producción del espacio, se destaca la devastación natural y el éxodo poblacional, así como la construcción de nuevos paisajes sociales a partir de los referentes patrimoniales que al fenecer el proceso eruptivo quedaron sobre las lavas: el cono volcánico como *geo símbolo* y las ruinas del templo de San Juan Parangaricutiro. Dichos paisajes han sido construidos tanto por los habitantes de las comunidades impactadas como por visitantes fuereños, por lo que presentan diferencias interesantes en su discurso que se han pretendido destacar. Se aborda el concepto de paisaje social entendido como producto de una interrelación entre el entorno geográfico y la dinámica de las sociedades. Como un palimpsesto de tiempo y espacio en el que se entretrejen tramas de significados que

se comparten y se renuevan generación tras generación. En el texto destacan como fuentes primarias la narrativa histórica, la crónica, la literatura viajera y los documentos visuales, debido a su riqueza y heterogeneidad de información.

Palabras clave: Región Parícutin, volcán, Michoacán, paisaje social.

Abstract

The article reflects, from a historical reconstruction of the towns of San Juan Parangaricutiro and Parícutin, on the impact of the birth of the Parícutin volcano on the communities surrounding the area where the cone was erected in 1943. According to the theoretical lines of the production of space, the natural devastation and the population exodus stand out, as well as the construction of new social landscapes from the patrimonial references that on the death of the eruptive process remained on the lava: the volcanic cone as a geosymbol and the ruins of the temple of San Juan Parangaricutiro. These landscapes have been constructed both by the inhabitants of the impacted communities and by visitors from outside, so they present interesting differences in their discourse that have been tried to stand out. The concept of social landscape is approached as a product of an interrelationship between the geographical environment and the dynamics of societies. Like a palimpsest of time and space in which weaves of meanings are interwoven, shared and renewed generation after generation. The primary sources in the text are historical narrative, chronicles, travel literature and visual documents, due to their richness and heterogeneity of information.

Key words: Parícutin region, volcano, Michoacan, social landscape.

La urdimbre del paisaje y la memoria

Los caprichos de 75 años de memorias en torno al volcán Parícutin nos obligan a hacer una difusión amplia de su paisaje natural, social y cultural, en aras de que persista una revaloración de su riqueza patrimonial. La construcción social del paisaje de la región del Parícutin tiene en la narrativa histórica, en la literatura viajera y en la memoria de los testimonios visuales, sus fuentes primordiales, pues representan distintas formas de percepción del territorio, de la otredad, de los espacios y lugares. En este sentido, las siguientes páginas tienen como objetivo reflexionar en torno a esta trama de significados creados a lo largo de los siglos en el espacio geográfico y cultural hoy conocido como Región Parícutin, los cuales han

permitido la construcción de su paisaje social. En esta trama tejida a partir de la interacción sociocultural de las comunidades y el entorno geográfico que define a la región, destacan principalmente los testimonios históricos de los antiguos pueblos de San Salvador Combutio Parícutin y San Juan Parangaricutiro.

La estructura del presente texto está inspirada en las propuestas teóricas que, con el objetivo de pensar el espacio social, fueron promovidas por Henri Lefebvre principalmente en su obra *La producción del espacio* (2013); a partir de ella considero que la construcción social del paisaje en la región del Parícutin bien puede pensarse a partir de lo que Lefebvre denomina espacio percibido y espacio vivido, conceptos que hacen referencia respectivamente al espacio producto de las relaciones sociales de producción y de reproducción, es decir, al de la experiencia material; y por otro lado al espacio de lo simbólico, el de la imaginación dentro de la existencia material. El espacio de lo vivido es el espacio de las representaciones, “el espacio de usuarios y habitantes, donde se profundiza en la búsqueda de nuevas posibilidades de la realidad espacial” (Lefebvre, 2013, p. 16).

Considero al paisaje social como “experiencia, como vivencia entre el mundo y nosotros” (Nogué, ed. 2016, p. 63.), lejos del concepto euclidiano, el paisaje social se determina a través de los sentidos y de las relaciones sociales. Como argumento de lo anterior destaco algunas líneas teóricas novedosas para pensar su construcción, entre las cuales destacan las de Joan Nogué, María Ángeles Durán y Mireia Folch-Serra (Nogué, ed. 2016). Para la región del Parícutin y sus paisajes sociales abordo los conceptos que tienen que ver con los “paisajes sonoros” eminentemente auditivos y, en nuestro caso, esenciales para entender los contextos festivos. Así también los “paisajes del cuerpo”, es decir, aquellos construidos a partir de los sentidos, de lo sensible. De manera primordial “la estética de las ruinas”, referente al paisaje que aún devastado, permanece, como ocurre con los ríos de lava petrificada, el cono volcánico y las ruinas del templo de San Juan Parangaricutiro. Finalmente acudo al concepto de “policromía del paisaje” o “metáfora del paisaje visual” para referirme a las percepciones del paisaje desde fuera por parte de artistas, fotógrafos, literatos y viajeros.

Para el presente texto ha sido importante también recurrir a los desenfadados postulados de Yi Fu Tuan y su geografía de la percepción, en su obra *Topofilia*; principalmente en el apartado dedicado al paisaje sensorial de la fiesta de Parangaricutiro y la experiencia de los otros. Debido a ello es que privilegiamos la literatura viajera y la crónica de quienes se asumían sólo como visitantes de la

región, en contraparte a los testimonios dejados por oriundos de las comunidades impactadas (Tuan, pp. 87-106).

De hombres y volcanes michoacanos

Si tratamos de leer una imagen aérea, de esas que ahora tan fácilmente nos brinda *Google Earth*, nos damos cuenta, de que tan sólo en un polígono delimitado por los actuales municipios de Tingüindín, Cherán, Ziracuaretiro, Nuevo Parangaricutiro y Tancítaro, en una superficie de alrededor de 2000 Km², el relieve de los llanos de la Meseta Purépecha se interrumpe por más de 165 conos volcánicos. De algunos destacan los enormes derrames de lava que en su momento seguramente causaron fenómenos iguales o incluso más espectaculares que el propio volcán Parícutin. Cabe señalar que de acuerdo a los recientes estudios geológicos,¹ algunos de estos conos son históricos (Chevrel, *et al*, 2016). Es decir, su proceso eruptivo ocurrió en los últimos cinco mil años. Incluso algunos de notables dimensiones, como es el caso del actual Cerro del Metate, en cuyas fronteras de lava se asientan comunidades como Capácuaro, San Andrés Coru y Tiamba, muy cerca también de Quinceo, Arantepacua y Turícuaro, en el corazón de la sierra tarasca.

La relación entre los hombres de la región y los volcanes, resulta evidente a partir de los hallazgos de pintura rupestre localizados en los riscos de un cráter conocido como la Alberca, ubicado en el municipio de Nuevo Parangaricutiro, perteneciente a la cadena volcánica de Tancítaro, de acceso limitado por su terreno agreste y cuyos vestigios se han datado hacia el periodo posclásico (Gabany-Guerrero, 2005). El cráter, todavía a principios del siglo XX, contenía un espejo de agua o paleo-lago, extinto al ser cubierto por la arena del volcán Parícutin. En dichos riscos, además de dibujos antropomórficos y geométricos, destaca el hallazgo de restos humanos, los cuales fueron encontrados en un enterramiento a manera de ofrenda. Por la posición del cráneo y los objetos que lo acompañaban, se infiere que pudo haberse tratado de un sitio ritual y ceremonial. (Gabany Guerrero, 2005)

Los conos volcánicos son referencia inmediata en las comunidades y ciudades michoacanas. Sirven como mojonera e incluso su toponimia se asocia directamente a la percepción social del paisaje. Por lo que corresponde al nacimiento de volcanes, la historia virreinal de Michoacán registra el del volcán Jorullo, en 1759, en las inmediaciones de la hacienda del mismo nombre, entre los actuales municipios de

¹ Al respecto léase en este mismo volumen el artículo de Pedro Corona Chávez, titulado “Revisitando los volcanes de la región del Parícutin: morfología, petrología y edad”.

Ario de Rosales y La Huacana. El Jorullo ha sido ampliamente documentado por geólogos e historiadores desde fines del siglo XVIII. Seguramente por los años de su nacimiento, las cenizas del Jorullo cayeron sobre las antiguas comunidades de Parícutin, Parangaricutiro, Angahuan y Tzirosto, sin imaginar siquiera que menos de dos siglos después, las mismas escenas apocalípticas asolarían también sus fértiles tierras.

El paisaje virreinal

La historia virreinal de Parícutin y Parangaricutiro no se ha escrito todavía. En torno de ambos pueblos las crónicas religiosas y otros documentos civiles arrojan datos importantes para reconstruir el paisaje social. Llama la atención, desde luego, el lugar que ocupa de manera temprana el templo erigido en Parangaricutiro y cuyas etapas constructivas (tres o cuatro) se distinguen entre los escombros de la fachada, cuyo segundo cuerpo apenas respetó la lava del volcán en 1944. A partir de las características arquitectónicas de las fundaciones que rodean Parangaricutiro, como es el caso de Angahuan, y debido a la dependencia administrativa de Zacán y Tzirosto,² parece probable que durante sus primeros años Parangaricutiro haya sido fundación franciscana. Sin embargo, y al desmembrarse como doctrina independiente, para 1595 se había transformado ya en pueblo agustino (Álvarez Rodríguez, p. 324).

Tal vez ya como parte de la orden agustina es erigido el templo de San Juan Parangaricutiro, cuya mejor descripción la logró Diego de Basalenque durante el siglo XVII, en su *Historia de la Provincia de San Nicolás Tolentino de Michoacán*. En ella el cronista señalaba como fecha de culminación de la construcción el año de 1605, lo cual coincide bastante con un dintel de una portada lateral de la nave norte, en que se encuentra grabado el año 1618, levantado quizá como un pequeño anexo posterior a las naves principales. Basalenque, después de hablar de la humedad y el aire sutil del pueblo, así como de sus habitantes “buenos y devotos”, escribía:

Tiene una iglesia de tres naves, con su retablo bueno de lo que acá se hace en la Provincia. El convento es alto, muy bien acabado, el cual hizo el padre

² José Guadalupe Romero apunta que Parangaricutiro fue vicaría del curato de Tzirosto antes de constituirse como priorato, fue secularizado en 1775. De acuerdo a sus apuntes, su población fue evangelizada por el bachiller Fuenllana y por Fray Sebastián Trasierra, José Guadalupe Romero, *Noticias para formar la historia y la estadística del Obispado de Michoacán presentadas a la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística en 1860*, México, Imprenta de Vicente García Torres, 1862, p. 95. Para documentar los años de la fundación de Parangaricutiro durante el siglo XVI véase Francisco José Rhode, “Angahuan”, 1946, pp. 5-18.

fray Sebastián González, criollo de Pátzcuaro, y la mejor lengua tarasca que en su tiempo hubo... y aunque se había hecho algo cuando él entró por prior, con la buena gracia que tenía con los naturales hizo mucho y le faltó poco para acabarlo todo... Tienen la sacristía con los ornamentos necesarios... (Basalenque, pp. 288-290).

De acuerdo al texto de Basalenque, el templo de San Juan Parangaricutiro desde los primeros años del siglo XVII, ya contaba con la estructura que mantuvo hasta su destrucción, casi total, bajo las lavas del volcán Parícutin. Dicha estructura llama la atención, pues hasta donde sabemos, ningún otro recinto religioso de la sierra tarasca contaba con una planta de tres naves. De hecho otros documentos coloniales y del siglo XIX lo expresaban con fascinación: "la iglesia parroquial es la más magnífica de toda la sierra de Michoacán: es de tres naves, amplia, sólida y con alguna elegancia", decía el canónigo José Guadalupe Romero, en 1860. Pero, ¿cómo explicar la temprana suntuosidad arquitectónica del templo de Parangaricutiro?

Tanto Basalenque como Nicolás León (León, 1903) refieren que Parangaricutiro, al ubicarse en un valle circundado por numerosas montañas, constituía un paso obligado para los arrieros provenientes de la región lacustre y de la propia sierra, en su marcha hacia la tierra caliente de Michoacán. Como balcón de la tierra fría, pronto constituyó un lugar de descanso de numerosas recuas, a tal grado que según Basalenque, ante la necesidad de fabricar los ornamentos de la sacristía, en 1631 decidió solicitar dos pesos de limosna por mula a los arrieros, y en una sola tarde reunió más de mil pesos. Este gusto por la arriería y el comercio llevaba a los habitantes de Parangaricutiro todavía a principios del siglo XX, a realizar largos viajes, tanto al interior de Michoacán como a los estados vecinos de Colima y Guerrero, incluso hasta Guatemala. La actividad de la arriería se complementaba con la agricultura y la fabricación de mantas y colchas, por lo que también se le denominaba San Juan de las Colchas. (León, pp. 471-472)

A mediados del siglo XVIII Parangaricutiro pertenecía al partido de Tzirosto y los registros eclesiásticos indicaban que su población era singularmente heterogénea, pues habitaban en él "cuatro familias reputadas y tenidos por españoles que constituían en total 20 personas y más de 286 indios y 62 muchachos y muchachas". Tenía como sujetos a los pueblos de Angahuan y San Salvador Parícutin, en este último vivían "113 indios y 31 muchachos y muchachas" (González Sánchez, pp. 284-285).

Además de los españoles, vivían en Parangaricutiro personajes indios bastante interesantes por sus roles políticos, como fue el caso de Felipe Lázaro, quien durante su vida tuvo acceso a numerosos cargos políticos generalmente reservados a españoles. Felipe Castro Gutiérrez también comenta acerca de la actitud de rechazo de Felipe Lázaro para participar en movimientos indios como el que culminó con el escarnio público a don Pedro Villarroel, en Pátzcuaro. El levantamiento del gobernador indio de Pátzcuaro hacia 1767 tenía por objeto la protesta ante el pago gravoso de impuestos, así como contra las milicias provinciales y la leva forzosa. Dicho movimiento había tenido adeptos en distintas comunidades de la provincia de Michoacán, como fue el caso de Uruapan, pero no así en Parangaricutiro.

Otro detalle que Castro destaca de la personalidad de Felipe Lázaro es el cambio de su firma, al adjuntar a su nombre el apellido “Martínez del Rincón”, lo cual pareciera un intento por cruzar la línea étnica entre indios y españoles, o bien, constituir un modelo de principales indios, con Parangaricutiro como escenario. Su actuar impulsivo lo llevó a ser acusado de invadir terrenos del pueblo sujeto de Parícutin, lo cual, por cierto, ha repercutido aún en conflictos por tierras entre ambas comunidades.

El auge económico de Parangaricutiro en las postrimerías del siglo XVIII justifica la profusa ornamentación de su templo, al que para entonces se le habían añadido artesones muy probablemente policromados, así como retablos de manufactura barroca en cada uno de los altares. De esta manera en la *Inspección Ocular*, respecto del pueblo y su iglesia se lee:

Hay calles de comunicación, derechas y anchas... las casas reales son sólidas... La iglesia es una nave muy capaz, dividida en tres partes por columnas que atraviesan longitudinalmente, con techo de tejamanil, artesón empezado, sin torre, con sacristía clara, bautisterio, coro con órgano útil, paredes de piedra y mezcla, y nueve altares con retablos dorados... La capilla del hospital tiene su artesón pintado y un solo altar con retablo dorado, techo de tejamanil y sólidas paredes.

Las casas curales anexas a la parroquia son altas, de extraordinaria extensión con pilastrones de pañería en el primer cuerpo, cuyos sillares, los de las columnas de la iglesia y particularmente la pila bautismal, de una pieza de piedra también, se condujeron de mucha distancia (Bravo, pp. 91-92).

En un inventario de los objetos del templo, elaborado por el reverendo fray Diego Rojas, ministro coadjutor de la doctrina de Parangaricutiro, el 14 de octubre de 1765, se da cuenta, entre otros, de cuatro cálices con patenas y cucharas, una custodia de cuatro pilares en forma de torre, un copón sobredorado con hijuela, seis candelabros pequeños, un porta paz, dos platos y cuatro vinagreras, un incensario, una naveta y cuchara, dos pebeteros, tres crismeras, una cruz portátil, un cruz manga, dos ciriales y una cajuela chica donde se guardaba la llave del sagrario. Todos estos ornamentos eran de plata. En dicho inventario aparece ya mencionada “una corona de plata con una joya del Señor del Milagro”, lo que hace suponer que para mediados del siglo XVIII la devoción cristológica ya estaba arraigada y no había surgido en el siglo XIX, como lo deducen Carl Lumholtz y Nicolás León a principios del siglo XX. Así también se resguardaban la corona de plata de la virgen del Rosario y otra más de una esculturita mariana que se ubicada sobre el sagrario, la cual también portaba una media luna del mismo metal. A lo anterior se sumaban una lámpara pequeña, una concha para bautizar y un hostiario, todo de plata.



Imágenes 1 y 1A. “Interior del templo de Parangaricutiro, Mich.”, Navarro Foto, “Altar mayor invadido ya por las lavas”, Archivo Fotográfico del Instituto de Investigaciones Históricas, fondo: Gerardo Sánchez Díaz.

En el mismo inventario se describían los objetos resguardados en la sencilla iglesia de Parícutin: “un cáliz con patena y cuchara, un incensario con su naveta y cuchara de plata, dos casullas con dos albas, sus amitos y cíngulos, tres capas, un misal y un manual”. (Mazín, pp. 343-347)

Para 1860 José Guadalupe Romero retrata en su relato histórico las últimas modificaciones estilísticas que sufrió en su interior el templo de Parangaricutiro y que conservó prácticamente hasta 1944, de acuerdo a las fotografías que se conservan tomadas antes de que las lavas derribaran sus muros y en las cuales es notable la transición del barroco al neoclásico. Romero señalaba en 1860: “hace pocos años se hizo el retablo mayor al estilo moderno” y, en efecto, en las fotografías mencionadas se aprecia la nave central rematada por un retablo de aires neoclásicos, que con algunas capas de yeso logró revestir la estructura antigua de columnas delgadas de piedra rojiza y nichos, que para entonces aún guardaban bajo las yeserías sus arcos conopiales. También se observa un plafón en la nave central que seguramente cubrió el antiguo artesón, proceso de sustitución, por cierto, que se repitió en numerosos templos michoacanos durante el siglo XIX.

En la *Inspección Ocular de Michoacán* se dedica también una breve descripción al pueblo de San Salvador Parícutin, del cual se destacaba el camino llano que lo conectaba con Parangaricutiro, interrumpido sólo por una “molesta barranca”. De clima húmedo y frío, rodeado de algunas elevaciones montañosas, se constituía por un caserío de chozas bajas de madera, piedra y lodo, los solares contribuían a la recepción del visitante con agradables olores de manzanos, perales, membrillos, duraznos, capulines e incluso algunos olivos.

Las calles de Parícutin eran rectas y en su centro destacaba una pequeña iglesia cubierta de tejamanil, con coro alto, sacristía y un retablo dorado. Junto a la iglesia se encontraba la capilla del Hospital, así como una torrecita hecha con cuatro vigas plantadas y techo de tejamanil, destinada a campanario. Sus habitantes sumaban para fines del siglo XVIII y principios del XIX, 81 indios tributarios y sus mujeres y hacia 1822 eran en total 362, dedicados también a la agricultura, la arriería, la manufactura de tejamanil, el comercio de maíz y la fabricación de mantas. (*Inspección ocular...*, p. 93).

La poca información bibliográfica de carácter histórico que existe para el pueblo de Parícutin, se complementa con los estudios etnográficos de Tata Felipe Chávez, quien profundiza en torno a la vida cotidiana de sus habitantes antes del nacimiento del volcán y durante los primeros años de haber sido fundado el pueblo de

Caltzontzin. En sus textos aborda, por ejemplo, la estrecha relación que los habitantes de Parícutin tenían con su entorno natural. Así, al ser la agricultura el eje de su actividad productiva, la comunidad se regía por un minucioso calendario agrícola que comprendía desde los días en que se preparaba la tierra para su cultivo, hasta las distintas etapas de la cosecha y recolección del maíz de acuerdo a su color, considerando además los ciclos lunares para llevar a cabo dicha tarea. Además de la agricultura, existió la caza de animales silvestres como el venado, coyote, tejón y zorra. Se trataba de una caza que servía de equilibrio alimenticio, pues sólo se recurría a ella cuando los animales silvestres resultaban una amenaza para cultivos o especies domésticas. (Chávez Cervantes, pp. 31-33)

La elaboración de tejamanil fue otra actividad productiva de los pobladores de Parícutin. De acuerdo a las observaciones de Tata Felipe, esta actividad también mantenía un estricto equilibrio con el bosque de donde se extraía la materia prima:

Para la elaboración de tejamanil de pino o pinabete se selecciona el árbol... al tanteo, en seguida se saca un pedazo de madera al pie del árbol que se examinó a una profundidad de unos diez o quince centímetros para ver si la madera tiene filamento o no; si tiene hilo, se procede a derribarlo y si carece de esa cualidad, el árbol no será derribado. (Chávez Cervantes, pp. 18-19)

Después de seleccionar el árbol y derribarse se medían los tramos de tejamanil, cortándose con ayuda del *tokua* (hacha), el *kuirutsetarakua* (rayador) y el *uangua* (el cual servía para rajar la madera), hasta completar alrededor de 400 tejamaniles que formaban una unidad denominada *irepeta*. El tejamanil fue la materia prima más importante para la construcción de tejados y cubiertas tanto de casas habitación como de las iglesias en la región serrana, por lo que su comercio se consolidó en breve tiempo. (Chávez Cervantes, pp. 18-19)

La relación con la tierra en Parícutin incentivó una fiesta de agradecimiento que empezó a celebrarse el día 6 de agosto. La fiesta recordaba la importancia del derecho al uso de la tierra, de la *Jaiakua* (porción de tierra necesaria para vivir cuya propietaria es la comunidad), pero también a los frutos que *Tata Kuerajperi* (tierra) les brindaba a los habitantes de la comunidad. (Chávez Cervantes, pp. 3-5)

La producción abundante de maíz en los pueblos de Parangaricutiro y Parícutin llamó la atención de Juan José Martínez de Lejarza, en 1822. Al hablar del impacto demográfico y económico de la guerra en estas comunidades michoacanas advertía que Parangaricutiro aparecía señalado como el pueblo de mayor densidad poblacional dentro del Partido de Uruapan, al contar 1080 vecinos. Y aunque junto

a sus pueblos cercanos (entre ellos Parícutin y Angahuan) había llegado a sembrar más de 400 fanegas de maíz (1 fanega equivale a 65 kg de maíz aprox.) y conservar alrededor de 200 yuntas antes de 1810, después de la guerra de independencia la producción había disminuido considerablemente, cubriéndose apenas una cuarta parte en comparación con su periodo de auge. (Martínez de Lejarza, 1974, pp. 141-146)

Paisajes de peregrinación

Las particularidades de Parangaricutiro como punto de confluencia en el corazón de la sierra tarasca se consolidan en el siglo XIX. Durante esta centuria el paisaje arriero se significa además como escenario de una importante fiesta a la devoción cristológica del Señor de los Milagros. A decir del etnógrafo noruego Carl Lumholtz, para 1895 la fiesta tendría unos 30 ó 40 años, sin embargo, considero que la devoción puede ser anterior, incluso puedo afirmar que la fiesta se celebra por lo menos desde el siglo XVIII, dadas las características del pueblo como punto de coincidencia de arrieros, pero sobre todo debido a la importancia simbólica y regional que Parangaricutiro representó como recinto religioso desde el siglo XVII.

Sin embargo, es importante resaltar que las peregrinaciones a San Juan, en realidad lograron su consolidación, incluso a nivel nacional, hasta el siglo XX y más propiamente en los años posteriores al nacimiento y erupción del volcán Parícutin. Ya desde el siglo anterior destacaba ostentosamente la celebración del 14 de septiembre, día del Cristo de los Milagros. En este sentido sobresalen dos descripciones de tipo etnográfico, ambas de destacados científicos impactados por las muestras de veneración de los asistentes al evento festivo, lo cual permitió que dedicaran amplios apartados para describirlas. Por un lado destaca la narración de Carl Lumholtz, científico noruego, interesado en la etnografía y antropología de los pueblos indios mexicanos y quien bajo el auspicio del general Porfirio Díaz se internó en los territorios menos explorados de la república mexicana, principalmente del occidente, con el objetivo de conocer de cerca las expresiones culturales y sociales de sus pobladores durante los últimos años del siglo XIX. Después de visitar Peribán y Tancitaro, Lumholtz se instaló en el pueblo de Parangaricutiro “situado románticamente entre cerros cubiertos de pinos y en una meseta que domina a un extenso valle...”

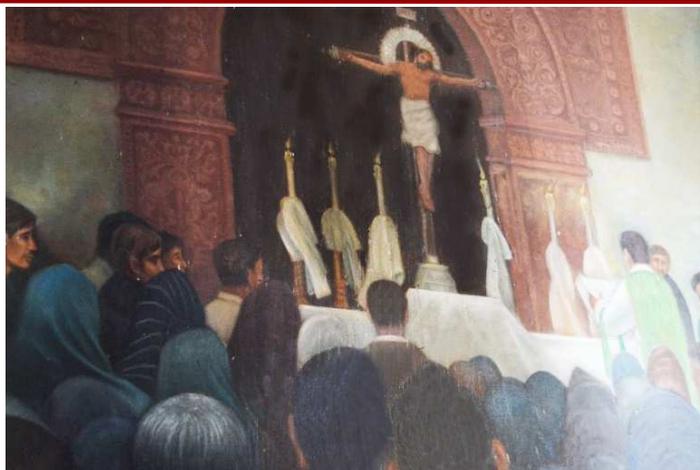


Imagen 2. La imagen del Cristo de los Milagros posado en la puerta principal del templo de Angahuan, muy probablemente como recuerdo de su traslado después del nacimiento del volcán Parícutin y del exilio de los habitantes de Parangaricutiro en 1944. Anónimo, óleo sobre tela, templo de Nuevo San Juan Parangaricutiro, fotografía de Juana Martínez, 2018.

La segunda descripción corresponde al erudito historiador, médico, etnólogo, antropólogo y arqueólogo Nicolás León, quien dentro de su trabajo intitulado “Los Tarascos. Notas históricas, étnicas y antropológicas, tercera parte, Etnografía post-cortesiana y actual”, incluido en los *Anales del Museo Nacional*, dedica un importante espacio a la celebración del Señor de los Milagros como prototipo de la fiesta religiosa michoacana. Debido a algunos detalles de sus narraciones, es probable que Nicolás León haya leído, incluso antes de ser publicada, la descripción lograda por Carl Lumholtz, quien había realizado su recorrido algunos años antes, y quien, en su afán de mantener contacto con hombres de ciencia en Michoacán, no dudó en conocer el proyecto de Nicolás León a partir del Museo Michoacano.

En el escenario de la fiesta de Parangaricutiro, Lumholtz quedó asombrado por la romería de los huacaleros, mercaderes ambulantes que llevaban en sus espaldas, regias estructuras de carrizo y madera a manera de caja, donde se depositaban, arrogantes a las leyes de gravedad, numerosas piezas de uso cotidiano, desde guitarras, cucharas de madera y molinillos, loza y jaulas con pájaros cantores. Dichas piezas eran llevadas a tierras tan lejanas como Nuevo México, Tepic, Colima, Acapulco y Guatemala, donde se canjeaban por mantas, aguardiente y machetes. Para evitar ser robados, los huacaleros viajaban en grupos numerosos de veinte o más individuos que llevaban cargas hasta de ochenta kilos.



Imagen 3. "Huacalero Tarasco", Comisión Nacional para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas, Fototeca Nacho López, Colección Carl Lumholtz, Número de inventario 200232, Blanco y negro, Formato hasta 20.3 x 25.4 cm (8 x 10 pulgadas).

Desde semanas antes, el pueblo de Parangaricutiro en su totalidad se preparaba para la fiesta. Ello incluía la renta como habitación de cualquier espacio doméstico donde pudiera recostarse un ser humano y, de requerirlo, resguardar su mercancía:

Todo cuarto con llave se rentaba en 15 ó 20 veces más de lo acostumbrado. Mi hotel estaba henchido, hasta más no poder, de individuos que dormían adentro y afuera. Aún el desván o tapanco de mi pieza había sido rentado a 15 hombres que lo encontraron a propósito para depósito de rebozos. (Lumholtz, p. 249.)

Como complemento a lo señalado por Lumholtz, en palabras de Nicolás León, la fiesta significaba una auténtica transformación del paisaje cotidiano en San Juan Parangaricutiro:

No bastando para ello las casas, se invaden la plaza y calles adyacentes, y en ellas se construyen con tablas y tejamaniles viviendas y tiendas provisionales. Es la única época del año en que el ayuntamiento entra en actividad, pues la medición de sitios y contratos de arrendamientos

constituyen una labor diaria y penosa. Ocho días antes de la fiesta ya están repartidos éstos, construidas las barracas y el pueblo todo en gran movimiento. El cura, por su parte, ha dividido en lotes el cementerio, enajenando cada uno de ellos a los vendedores de rosarios, reliquias, estampas y velas, no sin reservarse algunos de los mejores para instalar vendedores por su cuenta. (León, pp. 472-473.)

La llegada masiva de personas provenientes de todos los rincones del estado de Michoacán y entidades adyacentes para celebrar al Cristo de Parangaricutiro, marcaba las pautas cotidianas y festivas del pueblo. Si ordinariamente por su espacio deambulaban 1800 habitantes aproximadamente, en el tiempo de la fiesta llegaban hasta 30,000 personas, de acuerdo a Nicolás León. Todavía hasta bien entrado el siglo XX, muchos de los habitantes de Michoacán sentían la necesidad de participar de la veneración al Cristo de los Milagros por lo menos una vez en su vida. Por lo que no resultaba extraño escuchar a los abuelos manifestar, “después de Chalma, hay que bailarle al Cristo de San Juan Nuevo”.

La fiesta como paisaje de los sentidos

El despliegue festivo en honor al señor de los Milagros representaba un caleidoscopio de paisajes sensoriales en cuya construcción participaban todos los asiduos al evento, algunos nativos del propio Parangaricutiro o pueblos cercanos, y otros más llegados de lejanas geografías, que llevaban, a manera de ofrenda, sus destrezas. De esta manera, desde los días anteriores al 14 de septiembre se escuchaban por las anchas calles del pueblo, los agudos sonidos de instrumentos con prosapia virreinal, “pífanos, chirimías y tambores hendían los aires con sus estridentes sonidos: era el anuncio de la fiesta y de la feria” (León, p. 473). Los peregrinos llegaban de todos los rincones de la geografía michoacana, incluso de otros estados del país, por lo que la expectación en torno del lugar de la fiesta resultaba indescriptible.

Una tradición inventada en la fiesta de Parangaricutiro era la de las “canaquas”, las cuales consistían en un pequeño nicho con una estampa o litografía del Cristo, en medio de una corona de hoja de lata dispuesta sobre una alcancía. Las canaquas eran solicitadas al cura por devotos que se encargaban de llevarlas a los hogares particulares, donde eran recibidas con rezos y colocadas unas horas o días, para después entregarlas a su responsable, habiendo depositado en la alcancía algunas monedas, o bien, obsequiándole en especie, mazorcas de maíz, frijol, gallinas,

huevos o tortillas. En la víspera de la fiesta, los encargados de llevar las canaquis y recoger las limosnas, llegaban hasta la iglesia, previa organización de danza y música, lo cual se convertía en una verdadera apoteosis emocional:

Desde el día 13 comienzan a llegar las canaquis con su correspondiente danza y numeroso grupo de peregrinos, todos los cuales, con velas encendidas en las manos, se dirigen a la iglesia, en donde el cura los espera: entran cantando y bailando, haciendo contorsiones mil, llorando, gimieando y rezando en voz alta. Depositán la canaqua, bailan delante del Cristo, yendo y viniendo de la puerta mayor de la iglesia hasta frente del altar, y viceversa. (León, p. 473)

La fiesta, además, significaba un deleite a la mirada pues hasta Parangaricutiro llegaban expresiones artesanales y manufacturas de lo más diverso, cuyos vendedores las exhibían y pregonaban en altas voces:

Loza inglesa, zarapes, rebozos, manta, percales, servilletas, fajas, listones, sedas, hilos, colchas de algodón, abalorios, gargantillas, cuentas, espejitos, peines, agujas, muñecos y cuanta baratija deslumbra al indio y al ranhero se encuentran hacinadas en esas improvisadas tiendas: a éstas se les llama mercerías. (León, pp. 473-474.)

Las destrezas de la suerte y del albur se echaban a andar junto a otro grupo de “negociantes, compuesto de especuladores de juegos de azar y trampas”, que ocupaban amplios espacios, donde el riesgo de perder y ganar atraía a decenas de valientes, quienes, ya entrados en el juego, olvidaban las fatigas y el tiempo mismo, pues para ellos el mañana no existía:

Las loterías, en su jacalón muy adornado y henchido de vistosos cachivaches, la ruleta, el carcamán, la bolita, las barajas coloraditas, las argollas, y otros más juegos tramposos están allí esperando a los incautos y a los viciosos. (León, pp. 473-474.)

Otros más, viciosos de la fe, la expiación y las rogativas, rondaban del cementerio al interior de la iglesia, donde se ubicaban los espacios destinados a los mercaderes de artículos religiosos:

...vendedores de estampas, fotografías, rosarios y horrorosos ejemplares; los puestos de velas de todas clases, tamaños y colores, solas o adornadas, con flores de papel, de lienzo o de listones, se ven llenos de compradores,

pues no hay indio que no lleve en su mano una vela, cuando menos, al ingresar al templo. (León, pp. 473-474.)

Así, las miradas divagaban entre el carcamán y el rosario, al tiempo que el olfato se impregnaba con el olor exasperante de la pólvora y las voces metálicas de los objetos sagrados que comunicaban la siguiente actividad litúrgica:

Los cohetes hendiendo los aires, las cámaras atronando el espacio con sus desagradables estampidos, las campanas regocijando con sus metálicos acentos, y las músicas llenando de sonoras vibraciones el espacio, anuncian que la hora de la función se aproxima. (León, pp. 473-474.)

La feria, como complemento de la fiesta del Cristo de los Milagros, constituía una impresionante ocasión de encuentro para comerciantes oriundos del interior de la sierra tarasca o bien de pueblos cercanos a Morelia. Sus mercancías embelesaban el paladar de los asistentes, quienes además retornaban a sus hogares con una diversidad de artesanías, vestidos, calzado y utensilios de cocina adquiridos en la venta de Parangaricutiro:

Las tiendas de abarrotes tienen como principalísimos artículos de consumo, aguardiente, mescal, pan, panela, café, chiles en vinagre, sardinas, queso y otros artículos comestibles que sería largo enumerar. Los puestos, o sea vendutas al aire libre, muestran: alfajor de Colima, elotes cocidos, uchepos, *máxcuta*, *chapatas*, *ichúscutas*, *cuímatas*, curundas de varias clases, menudo guisado, *churipu*, *tatzin*, *nurit canata*, *xari-camata*, *charapi* y otras cosas comestibles. Jícaras de Uruapan, ceñidores de lana (*hopáricua*), guanengos, *tsiritacuas*, zapatos de Teremendo, sombreros de Nurio, guaraches, suela, correas; sombreros de palma y de soyate forman otra gran trinchera de puestos. Vienen después los de la fruta; los de utensilios domésticos como metates de Turícuaro, loza de barro de Patamba, molcajetes, malacates para hilar, cardas, lana, algodón e hilo pintado. Vendedores ambulantes llevan en las manos juguetes para los muchachos, todos de fabricación indígena... Neveros y vendedores de pulque, cigarros y hierbas medicinales exhiben su mercancía ante los ojos de la multitud, y los provocan a comprarla incitándolos a gritos... Las casas del pueblo están henchidas de huéspedes, y las fondas y puestos de comida apenas bastan a satisfacer a sus parroquianos. Muchos se contentan con alimentarse de curundas, chicharrones, carnitas de puerco, longaniza asada, *nurit camata*, *máxcuta* y menudo. (León, pp. 473-474.)

El aire sugestivo de la fiesta olía permanentemente a milagro. Algunos vendedores de impresos narraban en voz alta los prodigios de la divina imagen, mientras que otros portentos estaban plasmados en recuadros de madera u hoja de lata a manera de exvotos, donde las polícromas escenas abundaban en agradecimientos al Cristo por alivio de enfermedades, o por su intervención y rescate de algún peligro inminente. Pero la mejor expresión de gratitud y fe se realizaba a través de la danza; un singular baile de dos pasos al frente y uno atrás hasta llegar a la divina imagen, una cadencia corporal mediante la cual la peregrinación de los grupos indios hasta el recinto de Parangaricutiro llegaba a su éxtasis. Al baile de los devotos se integraban danzas de personajes que Lumholtz denomina “matachines” pero que muy probablemente fueron los antecesores de los Cúrpites o bien de los Moros, pues la descripción que el noruego realiza acerca del vestido de los danzantes en la última década del siglo XIX, es muy similar a la que actualmente llevan dichos danzantes en las regiones de Nuevo Parangaricutiro y Caltzontzin.

Iban vestidos con su mejor ropa y adornados con flores, cintas, pedazos de abigarradas telas, etcétera, unos con cascabeles cosidos al vestido, otros con coronas de cartón dorado: en una palabra, el festivo traje de los matachines primitivos. Aún había quienes llevaran máscara, reliquias de los antiguos tiempos... (Lumholtz, p. 250)

A lo largo de la fiesta, el cuerpo devoto se entregaba a la solemnidad que el ritual exigía. En el interior del templo la danza obligaba a un abigarramiento corpóreo: “El calor de tanta vela ardiendo, el propio de la gente, el humo del incienso y el polvo, hacen de aquello una hornaza con atmósfera irrespirable”. Al finalizar la misa, el gentío salía rumbo a la plaza donde los rateros hacían su agosto aprovechando el aún embelesamiento de los fieles. A pesar de los desórdenes anuales, la fiesta y, sobre todo, la danza, no habían podido ser prohibidas por los párrocos de Parangaricutiro, pues cuando lo habían intentado, algunas escenas fantasmagóricas de danzantes sin cuerpo descritas por algún sacristán aterrado, habrían servido como advertencia de lo que podría ocurrir por no aceptar la máxima de “el Señor quiere ver baile”.³

La irrupción del Parícutin y el paisaje de la desolación

En la tarde del 20 de febrero de 1943, después de algunos días en que se habían registrado temblores frecuentes, una grieta al sur de San Salvador Combutisio

³ La leyenda es recogida por Carl Lumholtz y Nicolás León. Lumholtz, p. 252; León, p. 475;

anunciaba el nacimiento del volcán Parícutin. El cono transgresor del paisaje se elevó en cuestión de horas. A partir de entonces, una nueva historia se escribió para las comunidades impactadas.⁴

Muchas fueron las miradas que con asombro, fascinación, miedo intenso, coraje y desesperación viraron hacia el volcán. Para nadie resultó indiferente. Los medios de comunicación, la radio, el periódico, la televisión e incluso el cine, llevaron día a día los sucesos que el recién nacido deseaba contar. Desde su aparición, bajo los pies de Dionisio Pulido, la tierra no dejaba de gemir. En los días posteriores al alumbramiento fueron llegando, con ojos desorbitados, numerosos curiosos de todas partes del país y de algunos rincones del mundo. Muchos de ellos se asilaban algunos días para contemplar «el espectáculo», otros menos pernoctaban por largos periodos en chozas desvencijadas armadas con lo poco que el volcán dejaba. Entre estos últimos se encontraban numerosos pintores y fotógrafos, quienes ahogados en el delirio total plasmaron cientos y cientos de escenas de la elevación del cono, de las formidables fumarolas, del cansancio cotidiano de los habitantes de las comunidades devastadas que emigraban, vigas en hombro, a las nuevas tierras prometidas. Una cosa era clara entre los pobladores de los pueblos de San Salvador Parícutin, Zacán, Zirosto y San Juan Parangaricutiro, el nacimiento del volcán había provocado una ruptura total de lo cotidiano y nada, en adelante, volvería a ser igual.

Imagen 4. Foto Chávez Ruiz, “Volcán nacido a las 17:30 hrs. El 20 de febrero en el pueblo de Parícutin, Michoacán, México”, Archivo Fotográfico del Instituto de Investigaciones Históricas, copia digital.



⁴ Los textos que constituyen los apartados “La irrupción del Parícutin y el paisaje de la desolación” y “Paisajes cromáticos después del nacimiento del volcán” fueron publicados como un texto individual bajo el título “Travesías rumbo al volcán. Miradas viajeras en torno a la región del Parícutin”, e incluido en Corona Chávez, Pedro y Ana Lourdes López González (coords.), *Retorno al Parícutin. Ciencia, historia y arte para compartir*, Morelia, Michoacán, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, 2016, pp. 42-61. En este artículo dichos textos se insertan a la idea original de la autora para en su momento escribirlos como las experiencias foráneas en la construcción del paisaje cromático y social de la región del Parícutin.

Entre los fotógrafos que capturaron vistas podemos mencionar a Rafael García, Enrique Lira, Hugo Brehme, Arno Brehme, Juan Rulfo y Walter Reuter. Otros más locales como Ramón Chávez Ruiz y la lente de Navarro, este último fotógrafo y productor de postales michoacanas, autor de las que quizá son las imágenes del volcán con mayor circulación en el estado.

Navarro retrató las tardes angustiosas de los que se negaban a salir de Parangaricutiro, de quienes defendían sus trojes y su templo bajando cada mañana el peso de la ceniza acumulada, sentados en el pedestal de la cruz atrial como si fuera uno de los últimos refugios frente a la montaña de fuego que emergía soberbia, hasta el día en que el volcán decidió y tuvieron que marcharse, sofocados por la lava candente que despacio cubrió absolutamente todo. Al mismo Navarro se deben una serie de vistas del templo aún en pie. Destaca la majestuosa nave central, en el espacio hasta donde llegaban año con año miles de fieles para danzarle al Cristo de los Milagros. En una de las fotografías destaca el altar mayor, de estilo neoclásico, elemento que junto a la estructura de la torre fueron lo único que el volcán respetó, como dejándolos a la posteridad para que contaran sus historias. Navarro presenta en una secuencia de imágenes la cronología de la destrucción y el abandono de los pueblos impactados.

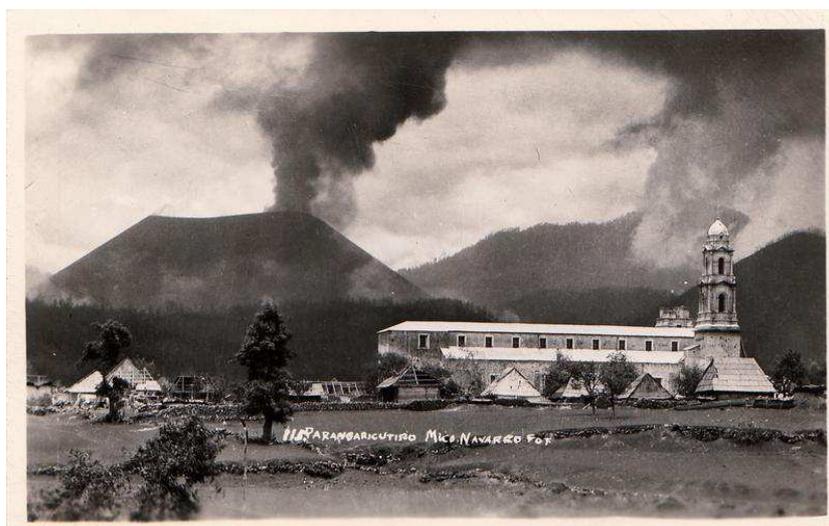


Imagen 5. Perspectiva del volcán Parícutin y del templo de San Juan Parangaricutiro, el cual quedaría sepultado por las lavas. Navarro Foto, Archivo Fotográfico del Instituto de Investigaciones Históricas, Fondo: Gerardo Sánchez Díaz



Imagen 6. Templo de Parangaricutiro cubierto por la lava del volcán, Navarro Foto, Archivo Fotográfico del Instituto de Investigaciones Históricas, Fondo: Gerardo Sánchez Díaz



Imagen 7. Detalle de la portada del templo de Parangaricutiro, Archivo Fotográfico del Instituto de Investigaciones Históricas, Fondo: Gerardo Sánchez Díaz.

Otros viajeros retrataron el volcán a través de su narrativa. Hasta los bordes que el Parícutin permitía llegaron un sinfín de reporteros, cronistas, literatos, poetas y cientos y cientos amantes de las letras para quienes la contemplación del volcán nacido representó el éxtasis más extraordinario. Algunos aguardaron apenas el trayecto a sus lugares de origen para publicar a través de columnas periodísticas, artículos especiales o memorias, aquella obra como salida de una mente surrealista,

como del mismo infierno de Dante. Entre sus relatos sobresalen las dificultades para llegar al inhóspito territorio elegido por el volcán para su nacimiento, los escenarios pincelados de grises por la caída de ceniza, el recibimiento por parte de decenas de comuneros quienes después de unas semanas de haber visto reventar la tierra lo menos que hacían era lamentarse, pues la renta de caballos, la venta de comida, la guía experimentada para llegar lo más cerca del cono o la narración pormenorizada del nacimiento se habían convertido en divisas de cambio.



Imagen 8. “Perspectiva del volcán desde la cruz atrial de Parangaricutiro”, Navarro Foto, Archivo Fotográfico del Instituto de Investigaciones Históricas, Fondo: Gerardo Sánchez Díaz.

Las noticias del encuentro con la furia de la montaña estaban siempre acompañadas con descripciones de las veladas nocturnas en las que el sueño huía aterrado ante el crujir del volcán, frente a la caída de material incandescente que parecía hacer tregua de mínimo respeto para con los frágiles refugios que daban cobijo a los aventureros. De este retorno paralelo al infierno y al paraíso los viajeros plasmaron las más alucinantes narraciones que recogen en su mayoría escenas en las que se mezclan detalles del encuentro de Dionisio Pulido, Paula Rangel, Demetrio Toral y el volcán con las más excepcionales explicaciones literario-científicas entre las que destacan las de Víctor Serge, Serstevens, Max Frisch, José Vasconcelos, Francisco Valencia, Egon Erwin Kisch, Jesús Silva Herzog. Otras descripciones parecieran abstraerse por completo de la destrucción de los poblados, para centrarse en el recuerdo de las comunidades impactadas en el día más especial que compartían antes de que la tierra reventara: la fiesta del Cristo de los Milagros. Este es el caso de Marian Storm, escritora estadounidense, quien había llegado a Uruapan a finales

de 1929 y que desde una habitación en el Hotel Progreso bocetó numerosos paisajes rurales de los alrededores de la ciudad michoacana que la atrajo particularmente.



Imagen 9. “Ríos de lava”, Navarro Foto, Archivo Fotográfico del Instituto de Investigaciones Históricas, Fondo: Gerardo Sánchez Díaz.

Uno de los capítulos del extenso diario de viaje de Storm está dedicado justamente a las fiestas principales que durante el año eran celebradas tanto en Uruapan como en los pueblos circunvecinos. Al referirse a Parangaricutiro pareciera que un halo de tristeza envuelve su prosa y después de un largo suspiro escribe algunos párrafos que intitula: «Parangaricutiro... se acabó». En dichas líneas Marian describe cómo entre el 12 y 15 de septiembre de 1943, «a pesar de la feroz amenaza del volcán, la fiesta, la más concurrida y famosa en nuestros montes, fue celebrada». La descripción es elocuente y retrata perfectamente la fiesta como un espacio de devoción intercomunitaria:

El grueso de aquella muchedumbre salía durante la noche del 12 al 13; quienes iban a pie llevaban antorchas. Se juntaban y salían en largas filas que serpenteaban por el bosque. Todo el 13, 14 y 15 de septiembre el bullicioso gentío de celebrantes entraba a la iglesia bailando desde el atrio con velas encendidas, a venerar la Exaltación del Cristo... El anhelo de los

peregrinos que iban a Parangaricutiro a rezarle a este poderoso Cristo parecía dar fuerza a los más delicados de salud para soportar tranquilamente el esfuerzo, el hambre, el frío, la lluvia, la falta de sueño. Por supuesto, muy pocos encontraban alojamiento. Si habían podido ahorrar unos centavos, los gastaban en un poco de fruta o buñuelos almibarados. Pero eso sí, cada uno de ellos entraba con su vela a bailarle al Señor, cuya imagen fue el primer tesoro que pusieron a salvo cuando el nuevo volcán reventó con un rugido bajo los cansados pies descalzos de Dionisio Pulido. (Storm, 2012: p. 343)

El nacimiento y erupción del Parícutin sin duda renovó la escritura de la historia regional. La migración de las comunidades abrazadas por la lava dio origen a nuevos asentamientos cuyos referentes identitarios también se transformaron. Diez años después de su nacimiento el volcán parecía reconciliarse con quienes habían sucumbido a la ira de sus primeros días. Desde el mirador de Angahuan podía contemplarse ya la extensión de su negro sudario, como lo denominó José Revueltas años atrás. El panorama desolador había dado lugar a cientos, quizá miles de líneas escritas. Prosistas de todo el mundo dedicaron sus más bellas letras al extraordinario evento, trasponiendo al paisaje devastado, la devastación hecha poesía.

Imagen 10. Diego Rivera, “*El Parícutin, paisaje devastado IP*”, dibujo a tinta / papel, 1943, Colección Marte R. Gómez, Museo Casa Diego Rivera, Guanajuato. D.R. © 2018 Banco de México, Fiduciario en el Fideicomiso relativo a los Museos Diego Rivera y Frida Kahlo. Av. 5 de mayo No. 2, Col. Centro, Del. Cuauhtémoc, C.P. 06000, Ciudad de México. Reproducción autorizada por el Instituto Nacional de Bellas Artes y Literatura, 2018.



Paisajes cromáticos después del nacimiento del volcán

Al lado de los fotógrafos y los poetas llegaron al pie del Parícutin numerosos pintores de connotada fama a nivel mundial. Un consagrado Diego Rivera delineó en óleos y viñetas los entornos derruidos por la erupción. Sus escenas permiten imaginar a un Diego temeroso de expresar cualquier altanería ante el coloso. De cualquier manera logra insertar sus paisajes devorados por el fuego en el contexto de lo



Imagen 11. Diego Rivera, izquierda: *Tres ramas*, 1943, acuarela sobre papel, 48 x 81 cm, Colección: Marte R. Gómez, Museo Casa Diego Rivera, Guanajuato.

Imagen 12. Diego Rivera, derecha: *Paisaje de una erupción*, ca. 1943, acuarela sobre papel, Museo Casa Diego Rivera, Guanajuato, Gto.

D.R. © 2018 Banco de México, Fiduciario en el Fideicomiso relativo a los Museos Diego Rivera y Frida Kahlo. Av. 5 de mayo No. 2, Col. Centro, Del. Cuauhtémoc, C.P. 06000, Ciudad de México. Reproducción autorizada por el Instituto Nacional de Bellas Artes y Literatura, 2018.

puramente mexicano, como si el Parícutin entonces, al lado del Popocatepetl y el Iztlazihuatl, demandara su evocación patriótica.

El pincel científico de Ezequiel Ordoñez también dejó valiosos testimonios documentales. Sus paisajes arraigados en la tradición decimonónica dejada por José María Velasco acompañaron sus informes geológicos. El «padre geólogo», como era conocido entre los comuneros de los pueblos impactados por el volcán, había ganado su afecto al despejar dudas y creencias en torno al surgimiento de la montaña y su erupción como consecuencia de maldiciones y castigos divinos. Ordoñez difundía además los ciclos futuros del volcán, el tipo de erupción que lograba, así como los peligros que podía enfrentar la población si se negaba a salir

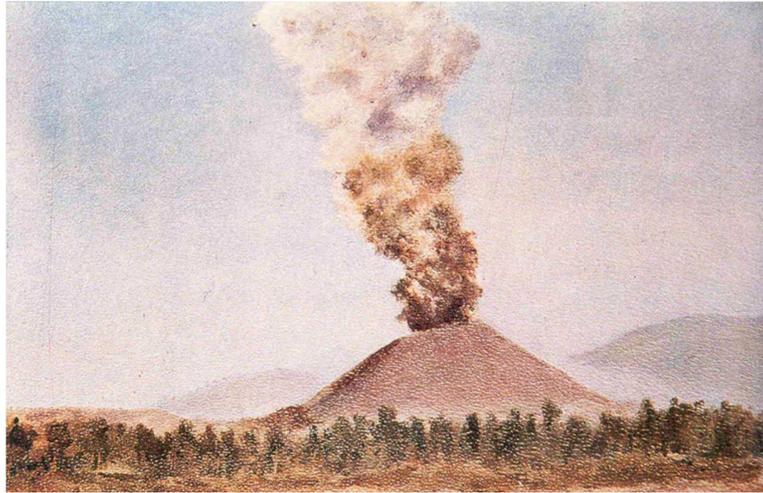


Imagen 13. “Fumarola”, tomado de Ordoñez, Ezequiel, *El Volcán de Parícutin*, México, Editorial Fantasía Juan M. Aguirre A., 1947.



Imagen 14. “Erupción del Parícutin”, tomado de Ordoñez Ezequiel, *El Volcán de Parícutin*, México, Editorial Fantasía Juan M. Aguirre A., 1947.

del territorio reclamado por la lava. La pintura de Ordoñez enfatiza la cronología de la erupción, el crecimiento del cono, así como la radical transformación del paisaje.

Un resplandeciente Parícutin de arraigada tradición simbolista emana de las manos de Rufino Tamayo. Desligándose por completo de sus contemporáneos parece retratar en el volcán una experiencia personal y profundamente renovadora para el arte de mediados del siglo XX. En su escena no es el volcán temperamental comúnmente citado, es una lúdica montaña que juguetea plácidamente con una lluvia de fuego en medio de una noche azul intensa. Los árboles petrificados parecen danzar al compás de los fuegos de artificio que caen resonantes entre la lava solidificada que cubre ya los pueblos de San Salvador Combutio y San Juan Parangaricutiro (la pintura de Tamayo puede verse en: <http://www.rufinotamayo.org.mx/wp/projects/paisaje-del-paricutin/>).

Imagen 15. “Parícutin”, Rafael García,
25 de mayo de 1943.



La agonía del Parícutin en 1952 fue plasmada magistralmente por Ricardo Soriano. Para entonces la penumbra de los primeros años había desaparecido y Soriano hereda a la posteridad una diáfana escena en irrepetibles azules que permiten apreciar apenas chorreantes los últimos riachuelos incandescentes exhalados del volcán. Como quien ha sido redimido en su lecho de reposo, así emergen los hilos de fuego en el cono madre y en el pequeño Sapichu, mientras algunas siluetas que no permiten descifrar si son peñascos de lava o bien un bosque de pinos, abren telón al resto del paisaje.

Imagen 16. Ricardo Soriano, *Agonía del Parícutín*, febrero 17, 1952. Ver: <http://www.paredro.com/wp-content/uploads/2015/02/PARICUT%C3%8DN-RICARDO-SORIANO-02.jpg>

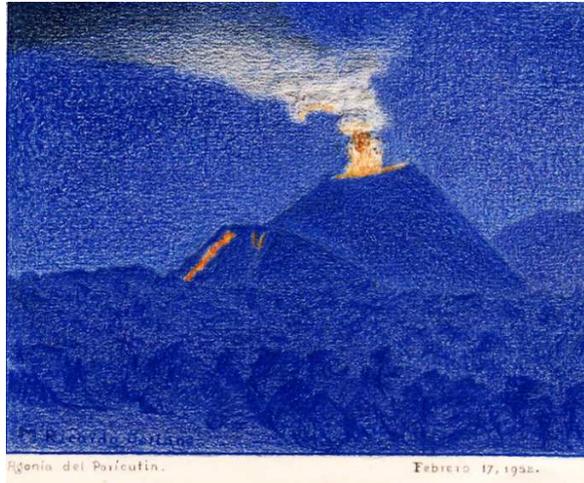
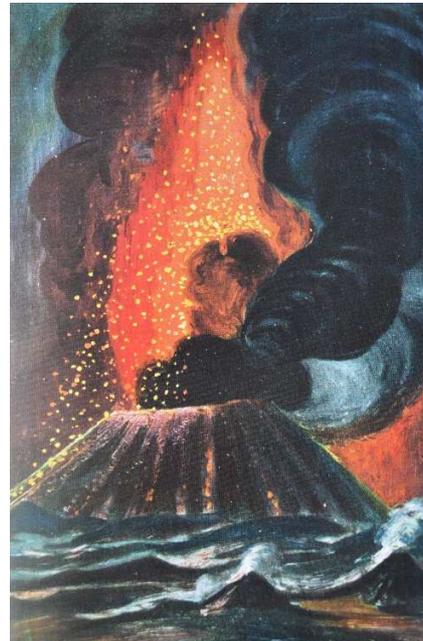


Imagen 17. “Dr. Atl y el volcán”, Navarro Foto, Archivo Fotográfico del Instituto de Investigaciones Históricas, Fondo: Gerardo Sánchez Díaz

Nadie supo comprender mejor las intenciones del Parícutin que el Dr. Atl, quien prácticamente consolidó su profesión pictórica al declararse «dueño del volcán». El Dr. Atl arribó al lugar del nacimiento el mismo año en que reventó la tierra. Siendo, como él mismo se calificaba, un caminante incansable y notable alpinista, pronto decidió instalarse en una vieja choza que le permitía soñar con los bocetos del volcán, mientras éste lo enamoraba cada noche con una furia incontenible. Atl no sólo pintó el paisaje del Parícutin, sino que a través de un sagrado proceso de transustanciación se convirtió en el paisaje mismo. Sus escenas, elocuentes poemas de pasión desenfrenada, hablan de este romance entre el volcán y el pintor. A partir del Parícutin, Atl reinventó su técnica e incluso llevó a su máximo esplendor la experimentación cromática, al punto de transformar los azules más cálidos y apacibles en rojos violentos y avasallantes ante las miradas atónitas de los espectadores.



Imagen 18. Gerardo Murillo “Dr. Atl” (1875-1964), “Erupción del Parícutin (reverso)”, 1943, Atl color sobre madera, 168 x168 cm. Museo Nacional de Arte. Tomado de *¡Puro mexicano! Tres momentos de creación*, México, Museo Nacional de Arte, INBA, 2014, p. 65.



Imágenes: 19, 20 y 21. “Policromía del Parícutin”, Gerardo Murillo, imágenes tomadas de Dr. Atl, *Cómo nace y crece un volcán. El Parícutin*, Ed. Facsimilar, México, El Colegio Nacional, 2017.

Las escenas logradas por Atl parecieran ser exóticas danzas en las que el movimiento, el conocimiento pleno de la naturaleza y el deseo, sucumben ante las manos del pintor. Sin duda Atl fue el mayor confesor del Parícutin, en la figura del hombre delgado de barba larga el volcán depositó todos sus secretos. Para Atl, el volcán constituía la mayor expresión de renovación vital, por ello lo escuchó al oído, fue capaz de descifrar todos sus lenguajes, desde la furia más explosiva hasta el momento casi místico de contemplación.

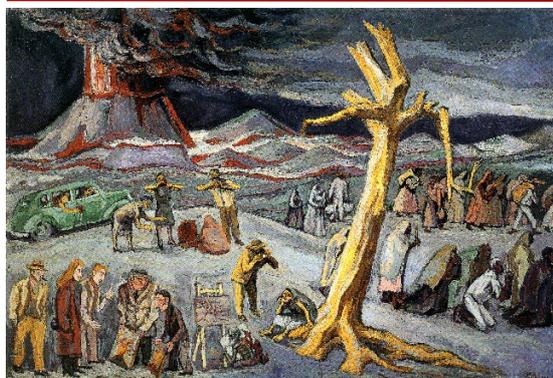


Imagen 22. Izquierda. Alfredo Zalce, “*El Parícutin*”, 1949, óleo sobre tela, 68 x 103 cm, colección particular, véase: *Zalce total*, Morelia, Michoacán, INBA, Gobierno del Estado de Michoacán, Gobierno del Estado de Guanajuato, 1995.

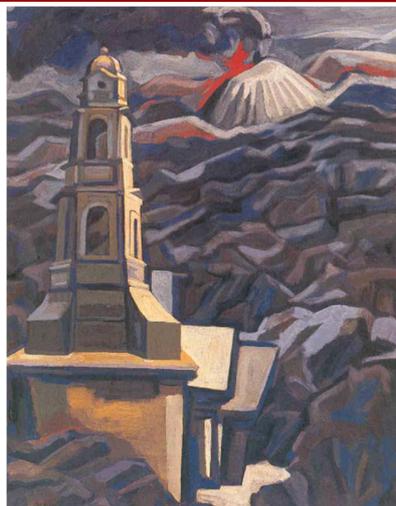


Imagen 23. Derecha. Alfredo Zalce, *Parícutin*, 1949, Duco/Mazonite, 84x65 cm., véase *Alfredo Zalce. Artista michoacano*, Morelia, Mich., Gobierno del Estado de Michoacán, SEP, IPN, Instituto Michoacano de Cultura 1997.

Otro pintor que reclamó su derecho coterráneo para con el volcán fue Alfredo Zalce. Desde su arte de denuncia quiso expresar el malestar que le ocasionaba la llegada masiva de «turistas» a los alrededores del Parícutin. Zalce, de la misma forma que Revueltas, retrata el quebranto de lo cotidiano para los comuneros de San Juan y San Salvador Combutio, reclama además el estrambótico negocio en que la erupción se transformó ante la mentalidad usurera. Pero también se rinde ante la fascinación que le causa el paisaje deconstruido, al pintar la torre del viejo Parangaricutiro cual mástil enclavado en el mar de lava que apenas respetó el altar mayor que albergara en otros días al Cristo de los Milagros.

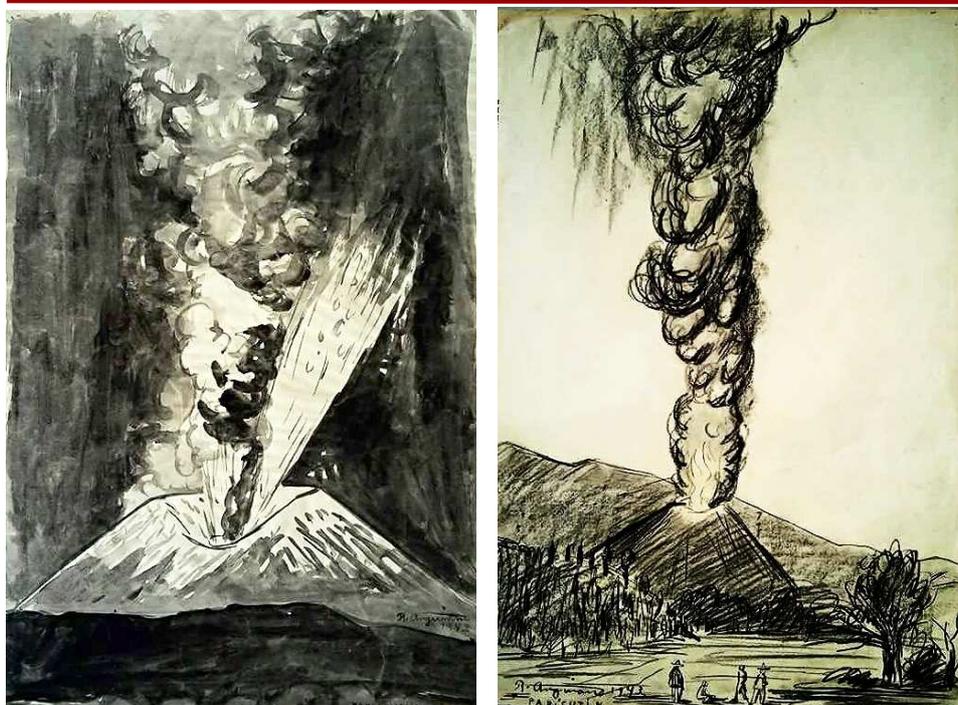
Junto a la figura de Zalce destacó sin duda otro de los más interesantes representantes de la Escuela Mexicana de Pintura, quien se desligó pronto de las expresiones pictóricas posrevolucionarias para legar a la posteridad los trazos de una tradición totalmente personal: Raúl Anguiano. Aunque en su obra eran conocidos ya algunos fragmentos del volcán Parícutin, fue hasta el 2015 que gracias a la iniciativa de la Casa de Cultura de Coeneo, se dio a conocer una serie de bocetos, en su mayoría dibujos al carbón y acuarelas, que habían permanecido ocultos a los ojos del público. Dentro de este desconocido acervo destacan cinco bocetos extraordinarios del Volcán Parícutin. Por los datos de referencia inscritos en el papel, Anguiano nos da cuenta de que conoció al Parícutin en el año de su



Imágenes 24 y 25. Raúl Anguiano, Parícutin, acuarelas, 1943, colección particular.

nacimiento. Sin embargo, no sólo es el año lo que nos dice que Anguiano presenció el alumbramiento, sino la secuencia pormenorizada de sus escenas que marcan la actividad paroxismal del volcán desde el verano de 1943 y posiblemente hasta los primeros meses de 1944.

De esta manera Anguiano plasmó al carbón el surgimiento y desarrollo completo del cono, lo cual, de acuerdo a la opinión de los expertos, debió ocurrir en el transcurso de mes y medio a partir de su nacimiento. La apasionada violencia de las erupciones del Parícutin en sus primeras etapas es evidente en un par de acuarelas. Con sólo miraras pareciera que en los oídos del espectador resuenan los estruendos de la energía desmedida, el arrojido inmenso de lava, bombas y esa llovizna eterna de arena y lapilli descritas una y otra vez en los centenares de líneas dejadas por los viajeros.



Imágenes 26 y 27. Raúl Anguiano (izquierda), *Parícutin*, dibujo al carbón, 1943, colección particular. Raúl Anguiano, (derecha), *Paisaje del Parícutin I*, Dibujo al carbón, 1943

La opinión experta de los geólogos nos revela además que la obra de Anguiano retrató convenientemente la despiadada improvisación de los flujos piroclásticos, mientras en serenísimos blancos quiso exponer también candentes respiros de vapor de agua. Una cuarta vista recrea un paisaje mucho más apacible, con un cono majestuoso que exhala una delgada y larga línea de humo, seguramente de varios kilómetros hacia el infinito; observado todo por algunos testigos, como se había hecho ya costumbre en las márgenes del volcán. En la última acuarela retumba ya la vigorosidad del Sapichu, y sobre él, una lluvia incesante de rocas de todos tamaños, como solicitando la atención de la madre que cautelosa lo mira desde el tercer plano.

En general las escenas del Parícutin logradas por Anguiano nos recuerdan, al igual que el legado de Atl, una fascinación inmensa del pintor ante el fenómeno natural. Anguiano seguramente recorrió el perímetro del cono y desde el Canicjuata, con la loma de Capatzin al fondo, o bien, mirándolo desde el norte, nos compartió los detalles de sus travesías.

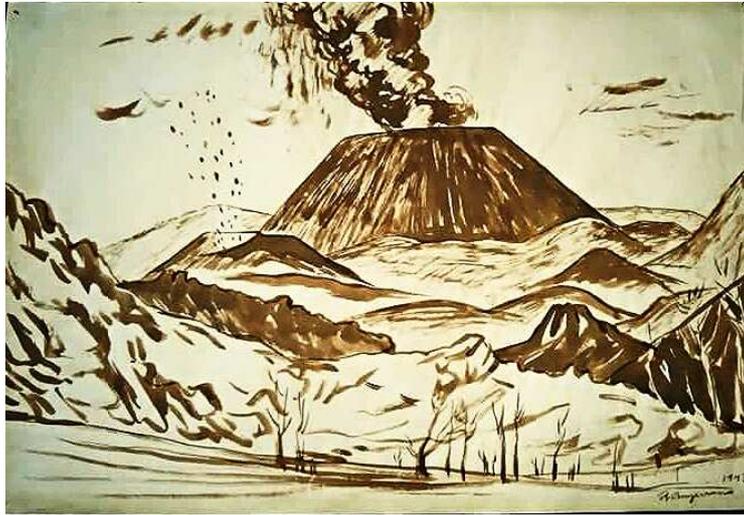


Imagen 28. Raúl Anguiano, Paisaje del Parícutin II, Acuarela, 1943, colección particular.

La estética de las ruinas

Desde el balcón de Angahuan se eleva ante la mirada, la transgresora silueta del volcán Parícutin. Para el viajero común, que por primera vez llega hasta la antigua fundación franciscana, resulta fascinante el negro despliegue de lava que circunda borboteante hasta donde la simple vista alcanza. En el transcurso del día, la luz tiene efectos fabulosos sobre el paisaje: se hacen evidentes múltiples manchones de flora restaurada que año con año hacen retornar poco a poco el bosque devastado. A medida que el sol se desplaza, el cono del volcán Parícutin devela al espectador sus perfiles grises, sus hendiduras marcadas por cierto efecto de erosión a consecuencia de todos los visitantes que, ante el agotamiento producido por horas de caminar entre rocas y arena caliente y después de llegar al cráter, buscan siempre la manera más sencilla de resbalar por sus costados, para bajar de nuevo a sus pies. A medida que el sol se oculta, entre tonos violetas, amarillos y naranjas exuberantes, aparecen en el horizonte otras siluetas de picos y conos no anunciados, entre los que sobresale la espectacularidad del Pico de Tancítaro. Pronto, un manto de constelaciones cubrirá el volcán y sus lavas, y otro día más habrá terminado en la región del Parícutin.

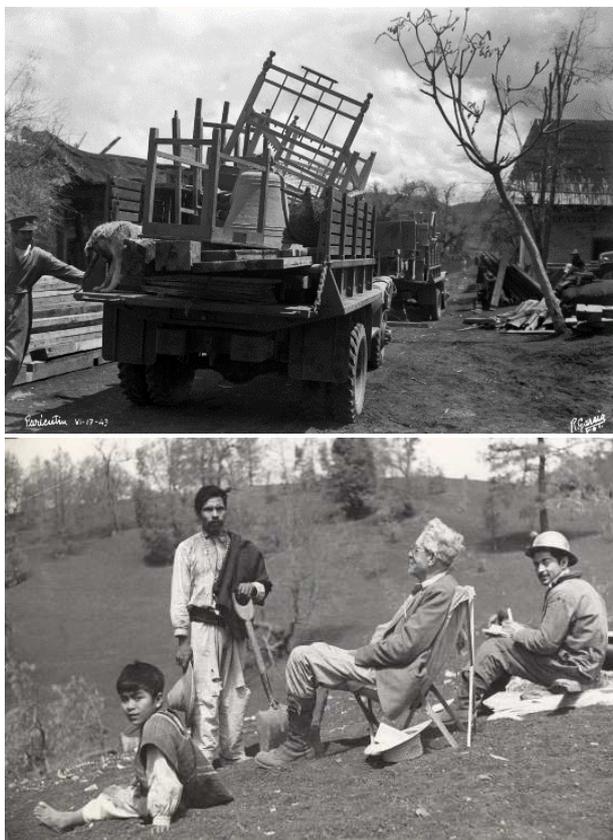


Imágenes 29 y 30. "Policromía del paisaje de Parícutin", Fotos: Juana Martínez Villa, 2014.

Para el oriundo de los pueblos aledaños al volcán, sobre todo para quienes pertenecen a las generaciones cercanas a su nacimiento (en 1943), la silueta del Parícutin trae a la memoria recuerdos de angustia: llantos inagotables de hombres y mujeres obligados a migrar con apenas su troje, algunas gallinas, una yunta de bueyes y un perro. Fue el caso de los habitantes de San Salvador Combutsio y Parangaricutiro, desgarrados por la impotencia de trasladar sus templos, sus muertos, sus cruces atriales, sus capillas de hospital y llevándose consigo solamente las campanas, las imágenes religiosas y los recuerdos de sus días en las comunidades que entonces el volcán reclamaba. En el transcurso del exilio y durante las siguientes décadas, las generaciones nuevas parecieran aferrarse a un olvido inminente; sobre todo para los nietos y bisnietos de quienes presenciaron el

alumbramiento de la tierra, el paisaje del volcán Parícutin resulta ajeno, de la misma forma que para el fuereño, sólo sorprendido por los relatos que ha escuchado.

Las comunidades exiliadas por la erupción del Parícutin han desarrollado distintos proyectos de integración. Algunas de ellas como Caltzontzin (en el municipio de Uruapan, antigua San Salvador Combutio Parícutin) y Miguel Silva (municipio de Ario de Rosales) han sufrido de manera más agobiante el desarraigo de sus tierras. A pesar de su aparente estabilidad administrativa, los referentes culturales y su memoria, continúan buscándose debajo de las lavas del volcán; incluso un grupo de aproximadamente 40 familias se ha establecido muy cerca de los linderos de sus antiguas tierras, fundando la comunidad conocida como “La Escondida”.



Imágenes 31 y 32. (Izquierda) “El traslado de las campanas”, Parícutin, VI/17/43, Rafael García. (Derecha) “Dionisio Pulido y Ezequiel Ordoñez mirando el volcán”, Álbum de Ezequiel Ordoñez, 25 de mayo de 1943, copia digital resguardada en el Archivo Fotográfico del Instituto de Investigaciones Históricas, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo.

En el caso de Nuevo San Juan Parangaricutiro, además de alcanzar el estatus de cabecera de municipio, conservó un elemento cultural que sin duda fortaleció sus lazos identitarios: el culto al Cristo de los Milagros que todavía hoy es motivo de veneración por numerosos grupos de personas que conforman los contingentes de peregrinos. Hasta Nuevo San Juan se trasladaron, además, algunas instituciones que permitieron una continuidad en su sistema de cargos, como fue el caso de la capilla del Hospital. Sin embargo, el olvido acecha notablemente a sus generaciones más jóvenes, de tal manera que la conmemoración del traslado y fundación del nuevo pueblo en 1944 (12 de mayo) queda restringida a un evento institucional organizado por el ayuntamiento en turno, y en el que destaca la poca participación ciudadana interesada en la significación de dicho acontecimiento.

El paisaje natural de la región del Parícutin es todavía escenario de un prototipo singular de peregrinos. Año con año hasta el volcán se trasladan numerosos artistas, fotógrafos, curiosos y científicos provenientes de todo el mundo. En sus distintas lenguas reflexionan en torno a la maravilla que, para el arte, la fotografía y la ciencia significó el nacimiento del Parícutin. En sus obras, fotografías y escritos científicos, ampliamente difundidos desde 1943, destacan las contribuciones de dos comuneros de Parícutin y Parangaricutiro que fueron los principales testigos de la apertura de la tierra, así como del crecimiento y actividad del volcán hasta su extinción en 1952: Celedonio Gutiérrez y Dionisio Pulido, ambos, a pesar de haber perdido casi todo, fueron conscientes de la riqueza que para la ciencia tenía aquel inesperado evento geológico; ambos dedicaron el resto de sus vidas a la difusión de su volcán e incluso, en el caso de Celedonio, dejaron en su familia un buen cúmulo de documentos fotográficos, maquetas, textos y relatos que están en espera de ser conocidos.

Así pues, para el viajero común, para el comunero exiliado y sus generaciones descendientes, para el científico, el artista visual, el literato y el fotógrafo, existen numerosas maneras de construir y percibir el paisaje social de la región del Parícutin. Para todos ellos el volcán se erige como *geo símbolo*⁵ en el que se incrustan toda una diversidad de significados culturales anteriores y posteriores al alumbramiento de la tierra. De la misma manera el templo sepultado de Parangaricutiro se levanta como un icono pétreo de una estética de las ruinas. Su tradición como uno de los recintos más importantes de la sierra purépecha

⁵ Retomo el concepto de *geo símbolo* propuesto por Gilberto Giménez al referirse a un accidente geográfico (en nuestro caso lo es el volcán Parícutin) percibido a partir de su construcción simbólica, el cual destaca como icono de identidad y de territorialidad. (Giménez, 1996)

permanece aún en la memoria colectiva. Así, el Parícutin y su Sapichu, junto a la torre de la iglesia, son susceptibles de ser apropiados como un nuevo paisaje, pues, a fin de cuentas, “el paisaje está ahí, no es lo que fue, pero permanece”. (Nogué, p. 15)

Bibliografía

- Álvarez Rodríguez, Gloria A., *Los artesones michoacanos. Los cielos historiados en tablas pintadas*, Morelia, Michoacán, México, Gobierno del Estado de Michoacán, 2000.
- Atl, Dr., *Cómo nace y crece un volcán, el Parícutin, 1943-1950*, (ed. Facsimilar), México, El colegio Nacional, 2017.
- Basalenque, Diego de, *Historia de la Provincia de San Nicolás Tolentino de Michoacán*, Morelia, Michoacán, Balsal editores, 1989, (colecc. Documentos y Testimonios).
- Bravo Ugarte, José, (introducción y notas), *Inspección ocular en Michoacán. Regiones central y sudoeste*, México, editorial Jus, 1960.
- Chávez Cervantes, Felipe, *Usos y costumbres practicados en el Pueblo de K'umbutsio o Parikutin*, Michoacán, Pátzcuaro, impresiones Garcés, 2017.
- Chevrel, Magdalena O, Claus Siebe, Marie-Noëlle Guilbaud and Sergio Salinas, “The AD 1250 El Metate shield volcano (Michoacán): Mexico’s most voluminous Holocene eruption and its significance for archaeology and hazards”, *The Holocene*, 2016, Vol. 26(3) 471–488.
- Corona Chávez Pedro y Ana Lourdes López González (coord.), *Retorno al Parícutin, ciencia, historia y arte para compartir*, Morelia, Michoacán, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, 2016.
- Gabany-Guerrero, Tricia, *Las Pinturas en los Riscos de Parangaricutiro, Michoacán*, México, Traducido del Inglés por Alex Lomónaco, disponible en: <http://www.famsi.org/reports/01088es/01088esGabanyGuerrero.pdf>
- Giménez, Gilberto, Territorio y cultura. Estudios sobre las Culturas Contemporáneas, vol. II, núm. 4, diciembre, 1996, Universidad de Colima, Colima, México, pp. 9-30, [Fecha de consulta: 4 de julio de 2018] Disponible en: <<http://www3.redalyc.org/articulo.oa?id=31600402>> ISSN 1405-2210
- González Sánchez, Isabel, *El Obispado de Michoacán en 1765*, Morelia, Michoacán, Gobierno del Estado, 1985.
- Lefebvre, Henri, La producción del espacio, España, Capitán Swing, 2013;

- León, Nicolás, "Los tarascos. Notas históricas, étnicas y antropológicas", Segunda parte, Etnografía precolombina, *Anales del Museo Nacional de México*, segunda época (1903-1908), tomo I, 1903, disponible en: <https://www.revistas.inah.gob.mx/index.php/anales/article/view/6613/7456>
- Lumholtz, Carl, *El México Desconocido, cinco años de exploración entre las tribus de la Sierra Madre Occidental; en la tierra caliente de Tepic y Jalisco, y entre los tarascos de Michoacán*, edición ilustrada, tomo II, México Comisión Nacional para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas, 2006.
- Martínez de Lejarza, Juan José, *Análisis estadístico de la provincia de Michoacán en 1822*, 2ª. ed., México, Fímax publicistas, 1974.
- Mazín, Oscar, *El Gran Michoacán*, México, El Colegio de Michoacán, Gobierno del estado de Michoacán, 1986.
- Mendoza Valentín, Rafael, *Yo vi nacer un volcán*, México, Talleres de Coloristas y Asociados, 2010.
- Musset, Alain, *Ciudades Nómadas del Nuevo Mundo*, México, Fondo de Cultura Económica, 2011.
- Nogué, Joan, (ed.), *La construcción social del paisaje*, España, Ed. Biblioteca Nueva, colecc. Paisaje y Teoría, 2016.
- Pérez, Rafael, *Camino de San Juan Nuevo, Un reportaje de las peregrinaciones al santuario del Señor de los Milagros*, México, s/e, 1957.
- Rhode, Francisco José, "Angahuan", *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas*, núm. 14, Universidad Nacional Autónoma de México, 1946, pp. 5-18.
- Romero, José Guadalupe, *Noticias para formar la historia y la estadística del Obispado de Michoacán*, presentadas a la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística en 1860, México, Imprenta de Vicente García Torres, 1862.
- Tuan, Yi Fu, *Topofilia*, España, Melusina, 2007.